

## Etapa 13. Barragem do Vilar - Alvite

6 de diciembre de 2024

Una señora y yo hacíamos fotos del entorno soleado del barragem. La mía era para dar fe del inicio de la etapa y las suyas porque quería comprar terrenos por la zona, según me comentó. Hice la subida de la ladera del valle del Távora por una calle de Vilar en dirección a Baldos. Me encontré con la N323 que iba a Moimenta da Beira. Me planteé cogerla para asegurar no cruzarme con los perros que cuidan las fincas lindantes a los caminos secundarios, pero el menor recorrido de la opción inicial más la cuota de vencer el miedo y el añadido del disfrute de cualquier rincón escondido me llevaron por el camino de Baldos.

Atravesando la aldea de menos de doscientos habitantes apareció Júnior. Como un revoloteo de jadeos alrededor de mí. Me costó darme cuenta de que tenía un perro por todos lados. Ni un ladrido, eso sí. Llevaba una correa de cuero al cuello y le dije, en castellano y en portugués, que se fuera a casa, que me dejara solo con el susto en el cuerpo todavía. Decidió seguir conmigo e iba y venía buscando comida, supongo. Se atravesó ante el coche de un parroquiano, que se bajó y junto con otro señor del pueblo quisieron hacerle entrar en razón: “Júnior, ven acá”.

Atravesamos Arcozelo do Cabo sin los problemas que aparecerían con la N323. Júnior no distinguía entre un camino apenas asfaltado por el que habíamos venido y una carretera nacional. Cruzaba la calzada sin tener en cuenta los coches que venían, afortunadamente no muy deprisa porque era la entrada del pueblo, mientras yo miraba a los conductores que tenían que frenar y, por señas, el dedo índice al pecho y al aire, les decía que no era mío.

Lo inevitable llegó con un utilitario pequeño que le embistió tras otro giro caprichoso del bueno de Júnior. Salió despedido patinando patas arriba por el asfalto. Pensé al mismo tiempo “pobre Junior” y, lo siento, “ya no me seguirá”. Pues se rehízo y se vino hasta mí. Me sorprendí acariciándolo un poco y decidí volver con él hacia el pueblo porque así no podíamos ir a ningún lado. Enseguida apareció el coche que había sufrido el deambular de mi acompañante.

Pararon a mi lado ocupando parte del arcén y de la carretera. Eran una pareja de señora y señor mayores que vendrían de hacer la compra en Moimenta seguramente. Les expliqué mi historia con Júnior, dónde se había unido a mí, que debía ser de alguien porque tenía correa y les ofrecí mi número de móvil por si les servía de algo. La señora aplacó el enfado del que debía ser su marido, *não é seu, pobrinho*, y puso su mano encima de la mía, apoyada en la puerta del coche con el cristal bajado. Miró el papel con mi teléfono y mi nombre y me dijo que mejor pusiera también el apellido. Por los gestos su marido debía pensar que no hacía falta, pero esa mujer no dejaba que los hechos y las emociones quebraran la eficacia. Mis respetos.

Se fueron y Júnior ya no estaba. Debí irse al reconocer el coche que le había atropellado o al darse cuenta de que aquel territorio era peligroso. Espero que encontrara el camino de vuelta a Baldos y que todo se quedara en el golpe y en el susto. Ya solo retomé la etapa. Apareció de nuevo el matrimonio con el coche. Se

ofrecieron a llevarme hasta Moimenta, lo que les había pedido después del golpe para dejar atrás a Júnior. Aprovechó el conductor para decirme que se le había roto el parachoques y que iban a la GNR, Guarda Nacional Republicana. La señora se limitó a apretarme la mano como despedida.

La entrada a Moimenta es bonita por ese camino por el que llegué. Un par de casas solariegas de los siglos XVII y XVIII, granito y paredes blancas, el convento de Nuestra Señora de la Purificación, el edificio ochocentista del ayuntamiento... Atravesé los alrededores de la cámara municipal. Por el altavoz, una costumbre portuguesa, sonaba un villancico. Según me alejaba, en dirección al restaurante donde iba a comer, parecía que el villancico se quedaba atrás, pero no, se venía conmigo, como Júnior, altavoz tras altavoz.

Comí en el restaurante O Chamiço. La proteína da el nombre al plato. En mi caso secreto de cerdo. No quise la sopa del día. La guarnición se presenta abundante para que la dieta mediterránea, allí cerca del Atlántico, se cumpla. Verduras, arroz con alubias negras y, para pecar, patatas fritas. Se paga en el mostrador, donde el encargado o dueño te enseña la nota, te cobra, te da dos caramelos y te desea feliz Navidad. *Feliz Natal* le contesté para confraternizar.

Y ya coger la N226, cuesta arriba, hasta los 930 metros de altitud de Alvite, dejar atrás Portela, Leomil, desviarse hacia el final de la etapa, ladear Paraduça y su hórreo gallego y pararse a la entrada de Alvite, donde una estatua de una mujer tricotando homenajea a las señoras de la zona. La tarde estaba fría y triste. La niebla amenazaba con bajar, se oían ladridos lejanos, nadie por allí, apenas unos coches que no quisieron cogerme, debía ser porque llevaba el palo de caminar... Llamé a un taxi de Moimenta. La vuelta la hizo por el tramo de la N323 que deseché, dejando Baldos, ojalá que con Júnior, allí arriba a la izquierda.